

NOTAS

ORIGEN DEL NACIONALISMO ITALIANO

Discurrir sobre la moderna doctrina nacionalista italiana significa descartar, ante todo, la opinión de que el nacionalismo italiano procede del nacionalismo francés. Ambos difieren tanto ideológica como socialmente.

Empecemos por los principios fundamentales del nacionalismo francés, que para Charles Maurras, teorizante de un nacionalismo integral francés, se distingue del patriotismo en cuanto el «nacionalismo representa la salvaguarda de cuantos valores pudieran encontrarse amenazados sin necesidad de que un Ejército extranjero cruce la frontera o invada el país».

Esta clara distinción entre patriotismo y nacionalismo, sostenida por Edouard Drumond y otros doctrinarios, constituye uno de los puntos capitales del movimiento francés, el cual más en concreto era imperialista, anti-hebreo y germanófono. En cierto sentido cabría sentar que los límites entre el nacionalismo y el patriotismo (Chauvinismo) francés son muy imprecisos.

El nacionalismo italiano tiene raíces más doctrinales que políticas. Según Caputo (1) el término «nacionalismo» no significa cualquier doctrina o postulado político basado en la Nación. En tal caso debería calificarse de nacionalista todo el siglo XIX en que prevalecieron los principios de independencia y de soberanía nacional. El nacionalismo es más bien el sistema fundado sobre el principio de la nacionalidad guardando relación con los otros principios del liberalismo político. En suma, puede identificarse con el movimiento ideológico y sentimental que surgió de la epopeya napoleónica y tuvo gran predicamento en Italia y en Alemania. A. Pagano lo definió como «nacionalitarismo» y Mancini lo puso en la base del nuevo concepto del Derecho internacional.

Un punto de contacto entre ambos nacionalismos italiano y francés puede hallarse en la aproximación de estos principios ideológicos de vanguardia, el liberalismo, para Caputo, y el socialismo, para Barres.

A nuestro modo de ver hay otra concomitancia: ambos fueron imperialistas. Pero mientras el nacionalismo francés lo fue de un modo natural, en

(1) Véase CAPUTO: *Punte nazionaliste*, Milán, 1963.

cuanto procuraba defender una posición privilegiada ya adquirida (el imperio francés del pasado siglo), el italiano lo fue por necesidad por cuanto tendía a conquistar una posición que en la Italia de hace setenta años se disponía a extender, en concurrencia con otros países europeos, sus menguadas colonias. Esta fue una de las premisas del movimiento nacionalista italiano, nacido primero como reacción contra ciertas desviaciones ideológicas, y luego, al paso que se daba una estructura, un programa y una razón de ser, orientado exactamente hacia una política colonial que en los distintos países empezaba a rendir las primeras experiencias.

Fue a fines del Medievo y principios del Renacimiento cuando en Italia, y lo mismo en Alemania para ser exactos, empezó a emplearse la palabra «nación» para indicar la unidad cultural y política. Así, pues, las primeras inconscientes manifestaciones de nacionalismo tienen remotos orígenes. Aun cuando se pretenda ver en el nacionalismo cierta expresión de orgullo popular y de aspiración a la grandeza del país de pertenencia, siempre el origen nacionalista, según la misma idea que extrae sus orígenes del fascismo, ha de buscarse en épocas mucho más antiguas, en tiempos del Imperio romano.

Sin embargo, el nacionalismo, en cuanto expresión ideológica, si bien no del todo configurada, nace en Italia cuando se empieza a popularizar el «principio de la nacionalidad».

Tal expresión es de origen intelectual y no puede considerarse como derivada de un país exclusivo. Al contrario, la paternidad del concepto atañe a Herder y a Rousseau. El primero consideraba la nación como *individualidad histórica* mientras el segundo substituyó el *patriotismo cosmopolita* al *individualismo comopolita* del setecientos y transformó el lema *ubi bene, ibi patria* en aquel otro *ubi patria, ibi bene*. Más tarde se puso de relieve con Fichte la necesidad de la «conciencia nacional» para concretar el principio de la nacionalidad. Sismondi (suizo que se vanagloriaba de descender de la Kin-sica pisana del siglo X) y la francesa madame Staël fueron los primeros en reafirmar y puntualizar la teoría de la nacionalidad. No podemos preterir, en efecto, que Staël usó por primera vez en 1810 la palabra «nacionalidad» en el libro *De Alemania*.

En Italia, la historia del nacionalismo se encuentra estrechamente ligada a la historia del resurgimiento. Si bien cabe atribuir a Vittorio Alfieri el uso de un lenguaje ya nacionalista en sus libros *Della Tirannide* (1777) y *Del Principe e delle Lettere* (1785-6) y reconocer a Vincenzo Cuoco como un representante del nacionalismo, no puede, empero, ignorarse cómo el primer destello nacionalista se produjo después de la Revolución francesa, cuando los italianos empezaron a sentir la necesidad urgente de la unificación.

Desde este punto de vista puede afirmarse que la Revolución francesa, en

otros aspectos causa de daños y de trastornos no desdeñables, representó un dato positivo: estimulando en Italia el proceso unitario.

La fecha del nacimiento de la doctrina política nacionalista puede fijarse en el año 1878, cuando después del Congreso de Berlín, se rivaliza en la construcción del imperio colonial. Mas, en esto, Italia tuvo solo una participación marginal y a la misma ha de remontarse la diferencia entre el nacionalismo italiano y el francés.

Benedetto Croce y otros historiadores, habido el común origen antidemocrático de ambos nacionalismos, al menos desde un ángulo histórico, atribuyeron de un modo superficial al nacionalismo italiano el ser una derivación del primero. En lo esencial todos los nacionalismos tienen raíces antidemocráticas y todos brotaron, con el propósito de exaltar lo nacional, por cuyo motivo ninguno podía atribuirse un carácter particularmente adaptado a la nación en que se desarrollara y para cuya exaltación se concretaba.

Nacionalismo italiano y nacionalismo francés se distinguieron en múltiples manifestaciones. El primero arranca de la derrota de Adua y del fenómeno de la emigración (factores indiferentes para Francia) y, mientras los nacionalistas franceses propugnaban la restauración de cuanto había sido destruido por la Revolución y la guerra napoleónica, los nacionalistas italianos buscaban consolidar la autoridad del Estado y la disposición o avío de una política colonial que permitiera al país mantenerse al nivel de las demás naciones europeas.

GÉNESIS DEL NACIONALISMO ITALIANO

Giuseppe Prezzolini (2) ha señalado con exactitud los motivos, los estímulos del movimiento nacionalista en Italia. Según el mismo, desde 1898 al 1908, de cara al desenvolvimiento industrial, al mejoramiento de la vida económica, al crecimiento de los servicios públicos y a una mayor libertad política, se experimentaba una decadencia moral caracterizada por la degeneración del partido socialista, la profusión de la Prensa, la confusión de los partidos políticos, la influencia de la masonería, el anticlericalismo incapaz de oponer valores superiores a los religiosos, el desmoronamiento del modernismo, la política de pequeña democracia burguesa y por una política exterior más propia de una pequeña nacionalidad. El nacionalismo fue, pues, la consecuencia natural y lógica de un estado que amenazaba, si no la integridad, sí al menos la consolidación de un Estado que, en cuanto tal, no lo olvidemos, apenas contaba cuarenta años.

(2) G. PAPINI y G. PREZZOLINI: *Vecchio e nuovo nazionalismo*, Milán, 1914.

Alfredo Rocco, el teórico del nacionalismo italiano da a su vez esta explicación, muy subjetiva pero así y todo muy acertada, de los motivos que impulsaron la explosión del nacionalismo en Italia (3): «Desde hace cuarenta años (hablaba en 1914) los partidos políticos se habían preocupado de los más diversos problemas: de la libertad, que nadie ya ponía en peligro; de la democracia, es decir, de la participación del pueblo en el gobierno, que mediante el sufragio universal ha conseguido la meta de su misma realización; del socialismo, a saber, del reparto de los menguados bienes que la Naturaleza, avara con el pueblo italiano, le ha dejado alcanzar; de la religión, que siendo una grande y respetable cosa, mira mejor al fuero interno que a la acción política; del feminismo, del antialcoholismo y de la vivisección. Sin embargo, nadie (salvo Francesco Crespi, víctima de tal postura) había hablado al pueblo de aquella pequeña y miserable cosa que representaba la *nación italiana*. En todo aquello se había preterido que, más allá del individuo, de la clase y de la Humanidad, existía la *nación*, la *raza italiana*.»

Tenía razón. La situación italiana en el umbral de 1900 era como para infundir un completo pero ambiguo pesimismo. La osamenta del nuevo Estado promovido por el *resorgimento* se consolidaba con dificultades, especialmente a causa de las divergencias entre los partidarios de los fautores de la unidad nacional y las nuevas corrientes separatistas, demoleadoras y disgregantes, como el socialismo, por ejemplo, que representaba un constante peligro para la estabilidad nacional.

Otras factores sirvieron también de base al movimiento nacionalista. El contraste entre el desarrollo económico del país y las primeras manifestaciones de aquélla que vendría a ser la degeneración partidocrática, valió no poco a los nacionalistas de reclamo para actuar en aquellos sectores burgueses o del bajo proletariado hacia los cuales dirigieron su propaganda. Pero sobre todo la afirmación de que Italia no seguía una política exterior adecuada a su prestigio nacional constituyó el factor determinante de ese movimiento nacionalista organizado y su verdadero caballo de batalla.

Así, pues, el primer nacionalismo italiano fue del todo imperialista, decididamente antisocialista, liberal en economía y, con respecto a los compromisos exteriores, más germanófilo que francófilo. Sea como fuere, estas primeras orientaciones cambiaron de raíz al estallar la primera guerra mundial, cuando el nacionalismo que, de hecho, había ya cumplido su misión y poco después habría cedido en favor del fascismo, tomó las mismas posiciones de los demás países contrarias a los imperios centrales y en pro de una buena entente.

(3) A. ROCCO: *Che cosa è il nazionalismo e che cosa vogliono i nazionaliste*, Padova, 1914.

El pretexto para el nacimiento de un movimiento nacionalista, o mejor, para la estructuración orgánica de sentimientos desarticulados, que podrían ser calificados de nacionalistas, fue la batalla de Adua. En 1.º de marzo de 1896, en Africa, en la presa de Adua, una columna de 16.000 italianos se enfrentó con 60.000 abisinios. La enorme diferencia numérica no bastará a decidir la lucha si, por una desafortunada concatenación de factores, las diversas unidades de nuestro Ejército no hubieran perdido entre sí el debido enlace.

Sin embargo, las verdaderas causas del desastre eran otras: una impedimenta inadecuada, una carencia de provisiones, una deficiente práctica colonial y la falta de acuerdo entre los altos mandos. Los italianos perdieron cuatro mil hombres y los abisinios diez mil. Pero más que las pérdidas humanas causó mella la merma del prestigio italiano gravemente malparado de semejante aventura.

Las reacciones fueron contradictorias. El episodio, en sí, nada significaba. En la colonia de Eritrea fueron rápidamente concentrados cuarenta mil soldados al mando del hábil general Baldissera. El revés militar hubiera podido aún enmendarse mediante una eficaz intervención atendido lo poco preparado del Ejército abisinio, incapaz de una resistencia adecuada. Pero el Jefe del Gobierno, Francesco Crispi, autor confeso de la política africana de Italia, fue presa de la política extremista de la derecha y de la izquierda y tuvo que dimitir. Su inmediato sucesor, Rudini, no veía la manera de librarse de aquellos embrollos; frenó la tendencia del Estado Mayor hacia el empleo de la fuerza, se plegó a ceder Kassala a Inglaterra y extendió, en suma, un tupido velo de silencio sobre las colonias italianas en Africa, prefiriendo olvidarlas y hacerlas olvidar con todos sus problemas.

La reacción en algunos estratos intelectuales fue por demás violenta. Uno de los más duros fue Enrico Corradini, quien tomó pie de los sucesos africanos para abogar por una revisión de la política seguida.

Se trataba de las primeras experiencias del nacionalismo italiano y por ello podría fijarse en el año 1896 la fecha de su nacimiento, al menos como una ideología suficientemente definida.

El primer nacionalismo constituyó un movimiento más intelectual que político. Corradini escribía: «La nación no es una de tantas formas de sociedad humana, es una forma especial. Es un alma común que late en el fondo de cuantos viven dentro de los confines designados por su nombre, engendrada para cuanto deba hacerse en común entre el cielo y la tierra, sea en breve, sea en el devenir de los siglos. Y he aquí su naturaleza: es la comunidad espiritual de todas las generaciones que se guarecen bajo su nombre. Mejor dicho, no es la mera suma sino la unidad de las mismas. La nación

es persona espiritual. Cuando así aparece ante quienes la componen, despierta en los mismos el amor y entonces surge la Patria.»

Con estos conceptos, un tanto esfumados y vagamente románticos, el primer nacionalismo italiano consideró estar en posesión de los presupuestos ideológicos para actuar sobre un plano concreto. El nacionalismo, en resumen, aparece en Italia bajo el choque de Adua y por impulso de Enrico Corradini. Adua y Corradini fueron los factores determinantes de un movimiento que, de no ser en aquel momento, hubiera pasada también inadvertido en el campo ideológico.

Durante cierto tiempo no fue otra cosa que un fenómeno literario avivado por Enrico Corradini, Mario Morasso, Giovanni Papini, Giuseppe Prezzolini. Sólo en 1903 pudo superarse la fase inicial, la vagamente literaria, para entrar en la segunda, que llevaría años más tarde a la constitución del verdadero y propio partido nacionalista.

ESTRUCTURA Y MÉTODOS DEL NACIONALISMO ORGANIZADO

En 1903 un grupo de intelectuales, capitaneados por Corradini, sacaron a la luz al que pudo llamarse el primer periódico nacionalista italiano, *Il Regno*, publicado desde noviembre de 1903 hasta febrero de 1905.

El grupo de redactores se definía como de un grupo de «políticos realistas». Pero, de hecho, ni siquiera ellos mismos sabían a ciencia cierta qué puntos discutir, que no fueran de los acostumbrados para una política estéril. Pasó así tiempo antes de que la publicación hallara su razón de ser, un público propio y unas directrices permanentes.

Sea lo que fuere, pese a estas deficiencias y pese a ciertos desajustes de organización, *Il Regno* ha dejado una huella indeleble en la historia del movimiento nacionalista. Bajo la señal de aquel suceso, producto de la iniciativa, se procuró, con el tiempo, llevar a cabo cualquier proyecto más a tono con la realidad. De tal modo en 1904 nació en Florencia la asociación *Il Regno*, en Roma, el Partido Nacional Italiano y en Génova, la Asociación de estudiantes Nacionalistas. Ninguna de estas tentativas hizo fortuna. Evidentemente los tiempos no estaban en sazón para imponer un criterio político que hiciera suya la tesis del nacionalismo intelectual de Corradini y demás.

La ocasión propicia se deparó en 1908 con motivo de la crisis bosniaca. Los doctrinarios del nacionalismo, en abierto contraste con las posturas gubernativas, se alzaron contra lo que ellos llamaban una «política de eunucos».

Pero más que las consecuencias, en verdad irrelevantes, de su oposición, son de considerar con el máximo interés algunos factores derivados de aquel

episodio. Los «solitarios» del nacionalismo, como los define Scipio Sighele en su libro *El nacionalismo y los partidos políticos*, a saber, los doctrinarios que se habían formado una concepción intelectualística, casi cerebrolóide, advirtieron era llegado el momento de dar forma y contenido a las aspiraciones y a las inquietudes suyas y de algunos sectores de la opinión pública.

Casi espontáneamente (este fue uno de los defectos básicos del nacionalismo italiano) surgieron periódicos, revistas, folletos. La exangüe Prensa nacionalista que hasta el año 1905 había estado representada sólo por *Il Regno*, vióse vivificada por una serie ininterrumpida de publicaciones. En enero de 1908 vio la luz en Roma la *Resegna Contemporánea* de G. A. Di Cesaro, Vincenzo Picardi y Ercole Rivalta; igualmente en Roma, en marzo de 1909 salió *Il Carroccio*, de Gualtiero Castellini, Luigi Federzoni, Tomaso Monicelli y Maucio Maraviglia; en Turín empezó la publicación de *Il Tricolore*, de Mario Viana y Riego Girola; en Milán *La Grande Italia*, de Dino Alfieri, Paolo Arcari, Pericle Negrotto, Giovanni Borelli, Arturo Colautti; en Roma *La Preparazione*, de Enrico Barone; en Nápoles *La Nave*, de Onorato Pecchioli; en Venecia *Mare Nostro*, y en Florencia, en 1910, *La Prova*.

Esta terminología, de tal modo danunziana, da a entender cuanto y como ciertos estratos del nacionalismo se identificaron con Gabriel D'Annunzio en los aspectos más románticos de su producción literaria.

La espontaneidad de esta afloración publicista planteó el primer problema a los autores del movimiento nacionalista organizado. Cada periódico andaba por cuenta propia sin apenas un denominador común en lo más fundamental.

La Grande Italia era irredentista, *Il Carroccio*, vagamente liberal, *Il Tricolore* y *La Prora* se distinguían por su violencia lingüística. Diversa era también la procedencia de los redactores y de los colaboradores. Y esta fue, en definitiva, una de las características del futuro partido. En resumen, aún antes de su organización, aparecieron las corrientes ideológicas que definieron las divergencias y los puntos de vista del mismo.

Tal era fácil de comprender. Lo nacional nunca fue una manifestación estrictamente ideológica. Al principio fue un movimiento intelectual, luego un estado de ánimo y, finalmente, una corriente ideológica, pero siempre a nivel intelectual, con tendencia centrífuga en cuanto al origen de sus diversos componentes. El nacionalismo, en fin, recogía todas las concepciones comprendidas en una cierta área, lo cual supuso un acercamiento de las tendencias más opuestas, pero que tenían en común algunos presupuestos fundamentales. Esto explica por qué en las filas del futuro partido nacionalista encontrarán luego hospitalidad, bien que en una convivencia no del todo amistosa, demócratas, cristianos, liberales, socialistas, revolucionarios, republicanos y hasta anarquistas.

Esta diversidad ideológica dimana de la misma división básica que desde el primer momento distinguió al nacionalismo organizado, seguido luego de una espectacular escisión. Ciertamente, desde el Congreso de Florencia, se aprecia una contraposición entre nacionalistas democráticos y nacionalistas imperialistas.

El origen de esta escisión se encuentra, ante todo, en la heterogénea procedencia de los fundadores del movimiento nacionalista y luego en la diferente manera de enfocar y encuadrar los problemas básicos del momento. El nacionalismo, antisocialista por definición, ¿debería ser antidemocrático o bien mantenerse sobre una plataforma moderada?

El primer grupo, reunido en torno a *Il Tricolore*, de Torino, comprendía a Enrico Corradini, Maurizio Maraviglia, Gino Dal Lago, Goffredo Gobbi, Riego Girola y Mario Viana. El segundo, más complejo y menos homogéneo, alistaba a I. M. Palmarini, Eugenio Goselschi y a Eugenio Rivalta.

Sucesivamente, la simple fricción acabó en rotura y, por último, en secesión, abandonando el partido un sector bastante considerable.

A primeros de 1910 la situación era propicia para la venida al mundo de un movimiento que, saliendo de la temática difuminada y vagamente intelectualística del primer nacionalismo, diera a las diferentes tendencias aparecidas entre 1900 y 1909 en una serie de publicaciones y de iniciativas, forma y contenido de partido político.

El acto constitutivo fue rubricado oficialmente en el Congreso de Florencia, donde, desde el 3 hasta el 5 de diciembre de 1910, se reunieron cerca de trescientos delegados, los cuales votaron por el nacimiento de la Asociación Nacionalista Italiana. Sin embargo, a partir de este momento puede considerarse que se inicia un nuevo episodio.

FRANCESCO LEONI